Sta Stella Sánchez

REPERTORIO AMERICANO

DECENARIO DE LOS INTERESES CONTINENTALES
Editor: J. GARCÍA MONGE.

VOL. II | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, SÁBADO 30 DE JULIO DE 1921 | Nº 27

ENTREVISTAS

Con el Licenciado don Antonio Caso

POR WENCESLAO BLASCO

«Para mí, Jesús es el modo de resolver todos los problemas».

EL señor don Antonio Caso, Director de la Facultad de Altos Estudios, es, a no dudarlo, uno de los grandes prestigios de México: el primer filósofo mexicano, hombre de una capacidad intelectual poco común, recto en sus actos, puro en su conciencia.

Reconociéndolo así, el Gral. Obregón no ha vacilado en comisionarlo para que en representación de su gobierno y de su patria, asista al Centenario del Perú.

—¿Cuándo se marcha usted, licenciado?—preguntéle hace dos días en su despacho de la Facultad.

—El día 15 del actual [1]. Después recorreré los Estados del Sur de América, y visitaré las Universidades chilenas, peruanas, argentinas, uruguayas y brasileras.

—¿Y a España, no va usted?

—También iré; sí, señor; pero más tarde, dentro de seis meses, con el mismo objeto.

—¿Y ha pensado usted en conocer personalmente al Rey Don Alfonso?

—En efecto. Tengo grandes deseos de conocer a ese rey, a ese ilustre monarca, que ha demostrado en más de una vez cómo las instituciones monárquicas son compatibles con las más puras prácticas democráticas.

Le interrumpí:

—¿Quiere usted decirme cómo nació en usted la inclinación por la filosofía?

—Con mucho gusto y en muy pocas palabras. Al emprender mis estudios de Lógica y Psicología, me dí a leer los libros que entonces se nos ofrecían, y qué eran de la escuela positivista, en los que se fijaba el conocimiento conforme a las tesis de la escuela. Los problemas metafísicos se constreñían dentro de límites muy exiguos. De ahí nació en mí el sentimiento de que es humano tratar de reformar la epistemología positivista.

(1) Junio de 1921.

—Y dígame, licenciado, ¿está usted satisfecho del cargo que desempeña como Director de la Facultad de Altos Estudios?

—Muy satisfecho, sí señor. Tengo mucho cariño por la Facultad, porque



ANTONIO CASO
Visto por GARCÍA CABRAL.
(Excelsior, México).

fuí el primer profesor libre—profesores libres fuimos quienes trabajamos durante un tiempo sin retribución;—yo trabajé sin emolumentos, y siento mucho afecto, repito, hacia la Escuela, porque creo que es indispensable que haya una facultad que sirva para crear maestros para otras escuelas, y, además, que se dedique al cultivo de la ciencia por la ciencia misma.

—¿Y piensa usted introducir alguna reforma en la Escuela?

—Sí. En esta Facultad de Altos Estudios urge crear la Sección de Ciencias Físicas y Matemáticas, porque ya hemos hecho algún esfuerzo, relativo a la creación de la Sección de Humanidades.

—¿Es cierto que muy en breve publicará usted un libro titulado «El Concepto de la Historia Universal»?

—En efecto. Y como su título lo indica, será un ensayo para la definición de la historia universal, y en él se discutirá preferentemente esta cuestión: si la historia merece el dictado de disciplina independiente de otras, si es una ciencia, etc.; es decir, ¿qué situación tiene la Historia frente a frente de la Filosofía, el Arte y la Religión?

—¿Cree usted que la literatura mexicana esté en decadencia?

—No, señor. Me imagino que la literatura mexicana ha tenido un siglo de esplendor, que fué el XVIII, nuestro gran siglo hispanoamericano; la época en que han valido más las producciones intelectuales nuestras en el mundo. Yo creo que la elaboración cultural en el siglo XVIII, en México, no tiene rival en todo el Continente, en esa misma época. Creo que hay un período importantísimo en la evolución de la poesía lírica, que es la época de Díaz Mirón, Gutiérrez Nájera, Urbina, Nervo; pero hay poetas ilustres, como González Martínez, Rafael López y Alfonso Reyes.

—¿De Quijano no me dice nada?

—Le hablaba usted de los poetas... Alejandro Quijano, gran amigo mío, es un escritor correctísimo y muy docto en achaques de literatura española, atildado y diserto orador. Creo que los jóvenes, los muchachos poetas, son muy distinguidos en la actualidad; el florilegio de sus poesías mexicanas es de primer orden.

Hubo una pequeña pausa, la suficiente para que encendiéramos un cigarrillo. Seguí preguntando:

—¿Cuál es, a su juicio, el problema más interesante para la prosperidad de México?

—Creo, amigo mío, que son dos las necesidades ingentes de México; no puede haber verdadera democracia en la tierra, sin estas dos virtudes cardinales: la riqueza y la educación. México es un país colosalmente rico, pero no ha sabido explotar su bien; con nuestros yacimientos de petróleo, de plata y de cobre, con nuestra fauna y nuestra flora es suficiente; pero hay que *hacer valer* esta riqueza.

—¿No cree usted, señor Caso, que el bolchevismo sea un grave peligro para México?

—Respecto del bolchevismo, creo que es un error, como todo lo que va contra la esencia del cristianismo. Yo soy cristiano, y creo que los movimientos socialistas buscan la solución de un problema viejo que ya hemos resuelto los cristianos desde hace siglos. Decimos: Hay dos pecados: codicia y avaricia. Los dos son pecados. Como los ricos no cumplen, los pobres tampoco. Recibí una oleada de luz cuando ví el título de un libro de Ziegler, el cual título dice así: «La cuestión social es una cuestión moral». Y mientras se busque la solución de los problemas sociales en razones económicas y no morales, los problemas permanecerán en pie.

—¿Y usted no simpatiza con algunas ideas socialistas, las que acariciaba, «verbi gracia», Tolstoi?

Y don Antonio Caso, sin asentir, respondió:

—Para mí, Tolstoi, es un pensador tan grande, que lo considero el último de los grandes representantes del cristianismo a través de la historia. Es, en mi sentir, el gran anarquista cristiano.

—Me agradaría conocer su opinión acerca de la inmortalidad del alma. ¿Cree usted en ella?

—Le diré: en la inmortalidad del alma creo en esta forma: realmente no estoy seguro de ser inmortal; mi principal argumento para creer en la inmortalidad es la conciencia. Me siento una cosa indestructible porque pienso que dentro de un instante tendré pensamientos distintos de los que ahora tengo; sentimientos diversos de los que me animan en este instante; voliciones diversas de las que abrigo; pero estoy seguro que YO seguiré al través de los cambios de mis estados de conciencia, subsistiendo. Ahora bien, ¿es posible qué subsista yo siempre, constantemente? No sé... Sí me inclino a pensar que el alma no se acaba con el fallecimiento de la persona, que subsistirá al desastre corpóreo.

—¿Y le preocupa a usted la muerte?

—Sí, pero tengo una defensa, y es que cuando ésta llega la vida se acabó.

—¿Y está usted satisfecho de su suerte? ¿No se cambiaría usted por nadie?

—¡Cómo no! Me cambiaría por un hombre de conciencia pura, que nada se reprochase a sí mismo.

—¿Y cuál es su mayor aspiración?

—La vida, como la entendieron Horacio y Fray Luis.

—¿Y qué proyectos tiene usted para el porvenir?

—Poder disponer del tiempo como cosa mía; que no me viva la vida, sino vivirla yo.

—Para terminar, ¿quiere usted decirme, licenciado, cuál es su sentimiento más firme?

—Seguramente mi creencia y mi fe en que lo que no se resuelve por una razón cristiana, no se resuelve. Soy cristiano y devoto del Evangelio. No me refiero a ninguna iglesia, ni a ninguna comunión.

Y con gran unción, D. Antonio Caso pronunció estas hermosas palabras:

—Para mí, Jesús es el modo de resolver todos los problemas.

(Excelsior. México).

La tala de los bosques

POR ENRIQUE JIMÉNEZ NÚÑEZ

MARGARITA.—¿Adónde vas, Agripina, con esa hacha?

AGRIPINA.—Al potrero de mi padre. Allí, rodeando una fuente, hay un bosquecillo de árboles y arbustos y quiero ejercitarme en derribar algunos. El hacha es pequeña, pero a fuerza de repetidos golpes lograré ver caer hasta los más corpulentos. ¡Qué placer será para mí! ¡Cómo me demostrará ese inocente ejercicio el poder de la inteligencia sobre las fuerzas ciegas de la Naturaleza! El descubrimiento del hacha de hierro marcó una etapa extraordinaria en la marcha del hombre hacia la civilización. Mientras que los hombres no conocieron más que instrumentos de piedra, fueron salvajes, muy poco diferentes de los brutos. ¡Bendita sea el hacha! Los ejercicios que practicamos en las escuelas, esos movimientos coordinados de nuestros juegos podrán darnos suavidad, harmonía y belleza... pero esto es demasiado pueril. En la época de virilidad y de lucha en que vivimos, necesitamos de otros ejercicios: la lucha, el foot-ball, el hacha, que desarrollen nuestra impulsividad y nos hagan más aptos para la lucha por la existencia. ¡Qué lindo sport el de derribar árboles con el hacha! Sólo puede comparársele con derribar hombres con la metralla. Con razón leemos que uno de los grandes presidentes de los Estados Unidos, lo practicaba todos los días con ahinco.

MARGARITA *(con tristeza)*.—¿Has dicho derribar árboles? y derribarlos a la orilla de una fuente? y a eso llamáis inocente ejercicio? ¿Y de ese modo pretendes prepararte para eso que llamas lucha por la existencia? ¡Qué extrañas ideas tienes, amiga mía!

AGRIPINA.—Ciertamente, querida. Creo que haya pocos ejercicios tan útiles, tan fortificantes y tan inocentes como éste. Los árboles fueron hechos por Dios para nosotros, lo mismo que todas las demás plantas y los animales. Por eso podemos destruirlos y matarlos. Podemos disponer de ellos como reyes que somos de la creación. Los árboles no sienten. Podemos sacrificarlos con la misma indiferencia con que sacrificamos los animales.

MARGARITA.—Que cúmulo de monstruosos prejuicios. El hombre no es rey de la creación. La naturaleza forma una escala de seres, colocados en jerarquías, que se extienden, desde lo infinitamente pequeño, desconocido para nosotros y que avanza hasta perderse en el infinito. Por debajo de nosotros hay un mundo de seres que se pierden en el mundo ultra-microscópico y más allá probablemente hasta lo inconcebible; encima de nosotros hay una jerarquía de seres cada vez más altos, más sabios, más poderosos y resplandecientes. No, el hombre no es rey de la creación, él, como los animales, como las plantas, como tantas maravillosas orquídeas que florecen y vierten su fragancia, perdidas en las selvas vírgenes, sin ser vistas por ojo humano alguno; como esos maravillosos seres que en el fondo oscuro de los mares despiden sin cesar haces de luces de colores variadísimos y fantásticos, que ojo humano alguno no percibirá jamás; como las estrellas lejanas con su séquito de plantas y de humanidades, hundidas en el abismo insondable del espacio, a donde jamás alcanzarán nuestros impotentes telescopios, todas las cosas, todos los seres, todas las jerarquías, lo grande y lo pequeño son simples notas que concurren a formar la gran armonía, el gran concierto de la obra de Dios.

AGRIPINA.—Según esto, tú pretendes que no tenemos derecho sobre las plantas y los animales?

MARGARITA.—Ciertamente que no. Mas sí podemos usarlos ordenadamente para nuestro adelanto y el de ellos.

AGRIPINA.—Pretendes que hay que dejar que los árboles se multipliquen indefinidamente? Qué locura! Debemos derribarlos, para utilizar su leña, su madera, sus gomas y resinas, sus esencias, sus materias colorantes, sus fibras para hacer la pasta del papel de que están formados los libros, para construir casas, para traviesas de ferrocarril, para mangos de herramientas, para hélices de aeroplanos. Sin duda

tú querrías que consideráramos los bosques sagrados como los antiguos druidas. Ahora son otros los tiempos; si no se talan los bosques, no habrá tierras de cultivo ni emplazamientos para ciudades. El desenvolvimiento de la civilización marcha paralelamente con la destrucción de los bosques. Los costarricenses, gentes prácticas por excelencia, lo hemos comprendido así y puede afirmarse que nuestra constante ocupación es la tala de los bosques.

Como la destrucción por el hacha es demasiado lenta, hemos descubierto, afortunadamente, un medio mucho más eficaz, rápido y poderoso: el fuego. Por eso la quema de las montañas se practica aquí de un modo constante, sistemático y científico; es tenida por nosotros como el mejor método de cultivo. Nosotros somos grandes incendiarios y a esta cualidad nuestra se debe en su mayor parte nuestra prosperidad y nuestro adelanto.

MARGARITA.—Extraña prosperidad y extraño adelanto, que haces consistir en la destrucción de la obra construida por el esfuerzo secular de la Naturaleza. Muy parecida a la obra de cierto estadista que se reduce a destruir la obra edificada con fe, perseverancia y amor por los hombres abnegados que consagraron sus mejores energías al engrandecimiento de nuestra patria.

No, no es destruyendo como se progresa sino construyendo.

AGRIPINA.—Qué razones tienes para pretender que no debemos destruir los árboles?

MARGARITA. — Son tantas que podrían escribirse volúmenes para apuntarlas todas. Te diré brevemente algunas de ellas. No debemos destruir los árboles porque ellos regularizan el régimen de las lluvias, conservan vivas las fuentes y su caudal a los ríos; evitan las grandes crecientes y las inundaciones, y las sequías asoladoras; moderan la intensidad de los vientos; evitan la erosión o degradación de las tierras por las lluvias; aumentan la fertilidad del suelo; almacenan la energía del sol; hacen salubres y habitables las regiones; impiden las epidemias que afectan al hombre y a los animales.

Sin bosques no es posible la vida. Donde cae el último arbol, comienza a aparecer el desierto. Los bosques son el mejor ornato de la tierra, son la obra maestra de la Naturaleza. Sin ellos no hay orquídeas ni aves; ellos están llenos de efluvios indefinibles, de fragancias extraordinarias, de ruidos inimitables, de murmullos extraterrestres, de vibraciones sutiles que pueden percibir los seres sensibles, especie de música producida por miles de artistas invisibles, que produce vértigo y conmueve las más delicadas fibras del alma; ellos están llenos de innumerables espíritus de la Naturaleza, que se bañan sin cesar en las ondas de esa luz maravillosa, filtrada, polícroma, indefinible, trastornadora, que han llamado luz de sueño. Quien no ha sentido el misterio de los bosques, no ha sentido nunca un vislumbre de lo Divino y está como los animales con la cabeza inclinada hacia la tierra.

AGRIPINA.—Dices que la tala de los bosques regulariza la lluvia?

MARGARITA.—Sí. Aquí tienes una prueba sacada de observaciones en Costa Rica. Antes llovía en la Meseta Central, en las dos últimas semanas de marzo. Nuestros abuelos recuerdan que casi siempre la procesión de San José era interrumpida por un fuerte aguacero. Y has de saber que las mayores cosechas de café en Costa Rica, *se han producido cuando han caído aguaceros a fines de marzo.* Por esto han aconsejado regar los cafetales del 20 de marzo en adelante. Ahora no llueve sino en abril o mayo y las cosechas son pequeñas, porque aunque el café florece, el árbol que ha agotado su vitalidad en su lucha contra la sequía *no puede cuajar su fruto.*

Este mal se agrava de día en día y llegará el momento, si no se pone remedio, en que el café deje de ser un cultivo remunerador.

AGRIPINA.—Por qué opinas que la tala de los bosques produce los desiertos?

MARGARITA. — Así se comprueba por la historia. El presidente Roosevelt en una obra suya, demostró con pruebas que zonas hoy enteramente desiertas en la China fueron asiento antiguamente de poblaciones prósperas y ricas. El desmonte las transformó en desiertos. No otro es el origen de todos los desiertos del mundo.

La inmensa planicie desierta del Sahara fué probablemente asiento de una población densísima en la época de los atlantes. Cuando faltan los árboles faltó la vida que emana del Sol. Los árboles son los almacenadores de esta vida. La naturaleza no produce desiertos. Estos son obra del hombre.

AGRIPINA.—Dices que los bosques impiden epidemias del hombre y de los animales? No comprendo.

MARGARITA. — Ciertamente. En ellos se reune un cúmulo de agentes que concurren al equilibrio que produce la salud y la vida. Entre estos agentes uno de los más poderosos son las aves. Ellas están incesantemente cazando insectos dañinos, portadores de enfermedades. Para no cansarte, consideremos el paludismo que afecta al hombre y el tórsalo que ataca a los animales. El agente del primero son los mosquitos, el del segundo una mosca. Los pájaros, si están en abundancia, destruyen estos insectos.

Quién puede cazar una mosca en su vuelo? Sólo los pájaros. En cada quema de montañas se destruyen miles de miles de nidos de pájaros. La quema como se practica en el Guanacaste, por ejemplo, produce, entre otros innumerables males, la destrucción de los pájaros; por eso el remedio contra el paludismo y el tórsalo estaría en la supresión de las quemas.

AGRIPINA.—Que debemos entonces hacer, para no destruir los árboles?

MARGARITA.—Hacer lo que están haciendo ahora en todos los países civilizados. Restaurar las florestas, a medida que utilizamos sus productos; crear reservas florestales en donde se necesiten para la conservación de las aguas; multiplicar artificialmente los árboles útiles; crear parques y plantar alamedas en el centro mismo de las poblaciones; ellos son los pulmones de las ciudades; ellos dan riqueza, salud y ornato. Suprimir el sistema bárbaro de las quemas. Así haremos rica, próspera y bella a Costa Rica. Hay que construir, no destruir. Esto era lo que estaba realizando la sección de Silvicultura, dependencia de una antigua y benéfica institución creada con fé y amor en beneficio de Costa Rica, que destruyó de una plumada, que fué como el incendio que destruye montañas, la mano torpe e impía de un estadista.

(Envío de la Srta. ESTER SILVA).

POETAS CHILENOS

Los versos viejos

POR ARTURO TORRES RIOSECO [1]

A JOSÉ JUAN TABLADA.

1

Te entregaré mi corazón inerte
para que le des nuevo florecer;
tú le conducirás hasta la muerte
en tus ojos de blando amanecer.
Mira que está trizado de amargura
y que su ciencia es un llorar sin fin,
mira que es fragilísima su hechura
como una melodía de violín.
Te lo entrego desnudo. Frente a frente
venció a la vida y maniató a la suerte,
tú le has de conducir devotamente
hacia las playas grises de la muerte.

2

Alzar el puño y atacar de frente,
vivir de prisa y ser sentimental,
darse al amor y al mundo totalmente
y cultivar la flor del ideal.
Y cuando ya cansados de la gente,
después de saborear el bien y el mal,
volvamos al terruño humildemente
tendremos una casa y un rosal.

3

Aquí en mi llano agreste
siento mi altitud,
vierto un licor celeste
de recia juventud.
En siglo veinte pleno
me levantaré,
firme, altivo, sereno,
yo caminaré.
Encenderé mi fuego.
—Tú, hermano, lo ves,
mi voz será de ruego
y de Eclesiastés.
Seré cantor de América,
fuerte y vibrador,
con emoción ibérica,
nativo temblor.
La espada de Rodrigo
domadora en la lid,
el gesto audaz, amigo
de Atahualpa y del Cid.
Beberé gota a gota,
médula espinal,
de este mi siglo idiota
y sentimental.
Rimaré en parla ruda
y en copo sedar,
sobre la esfinge muda
me pondré a trovar.
Seré diámetro lirico
de la humanidad,
en este siglo empírico
de sabio y de abad.
Y con vino latino
me emborracharé,
con chulo y asesino
fraternizaré.
De prostituta y monja
haré mi verdad,
mi corazón la esponja
de la humanidad.
Aquí en mi llano agreste
siento mi altitud,
vierto un licor celeste,
recia juventud.

4

Mujer, la curva frágil de mi verso es un ala
que bajo el oro lánguido de la tarde resbala
por tu belleza altiva de corte parisino
y que va hasta tu boca para aprender su trino.
Mi verso se ha nutrido de tu clara belleza,
tu cabellera loca, tu boca satiresa,
tus ojos buscadores, tu vieja aristocracia
le han dado la suprema majestad de su gracia.
Pero esto me ha costado llanto de mar, amargo
llanto que ha descendido como un arroyo largo,
pena callada y firme que se aprieta en el pecho,
mano crispada y comba que ha horadado mi lecho.
Todo esto, y en las tardes las alas anhelantes
se me tienden al lado de las aves errantes
para seguir sin rumbo por el cielo celeste
—oro y rosa—buscando... hacia el este... hacia el este.
¡Oh, si yo te tuviera como tengo esta casa,
este sol, estos libros, este río que pasa,
como tengo mis sueños dolorosos y buenos,
como tengo mis pájaros, como tengo mis henos!
Si estuvieras tan cerca como están las estrellas,
si otra vez escuchara las palabras aquellas
que una noche de fiesta me dijera tu boca
acaso floreciera de su fondo mi roca.
Me pondría en los ojos toda tu cabellera
para llenarme el alma de una gran primavera!
Me darían sus fuegos tus pupilas hermosas
para que todo el mundo se llenara de rosas.
¡Oh, qué gran fiesta entonces! Venid doncellas griegas,
con los muslos desnudos, venid niñitas ciegas
a ver la luz de Mayo, abrid todo camino
para que venga Cristo y el bufón y el pollino.

Y en cambio, estar seguro de que nunca tu vida
vibrará con la mía de amor extremecida,
comprender que otros brazos tendrán los tuyos presos,
saber que en otra boca se doblarán tus besos.

Sol de Mayo en las eras... Sobre verde, en la huerta
un petirrojo canta con la garganta abierta.

5

El corazón doliente de mi lira
está enfermo de un dulce apetecer,
quiere, para encenderse como pira
unas manos ardientes de mujer.
Corazón que se crispa y desespera
en la sonrisa del amanecer,
sería el leño grande de una hoguera
acariciado en manos de mujer.
Nudo apretado de emoción y llanto
deshaciéndose en el atardecer,
se trocaría en harmonioso canto
entre unas manos blandas de mujer.
Se está muriendo de una inquietud fina
y anda todo medroso del placer,
como el cuerpo de una golondrina
prisionera entre manos de mujer.
Corazón que ha cuajado la amargura
en un infatigable recoger,
está, recien nacida criatura
esperando dos manos de mujer.
Ya este pavor se me hace más profundo,
ya este vaso de amor se va a romper,
yo ando loco buscando por el mundo
unas manos ardientes de mujer.

Williamstown, Mass.—1919.

(Envío del Autor).

---

(1) Del señor Torres Rioseco tenemos en prensa un tomo de versos: *En el encantamiento*. Lo prologa el señor Brenes Mesén.

CARABOBO

(NARRACION HISTORICA)

POR RICARDO J. ALFARO

(Viene del número anterior).

LA VÍSPERA DE LA BATALLA
BOLÍVAR OPTIMISTA

EN la tarde del 23 de Junio el ejército libertador lleva a cabo una gran revista. Bolívar, inflamado de entusiasmo, arenga a los diferentes cuerpos y batallones. A cada uno le recuerda sus victorias. Para cada cual tiene la frase de fuego que refinará su pundonor y enardecerá su arrojo. Como César, como Napoleón, esgrime a maravilla el arma mágica de la elocuencia militar. A los de la Legión Británica les dice: «Mañana veréis que los colombianos son dignos de pelear al lado de los hijos de Albión». Después se dirige a todas las tropas. Concentra su pensamiento y su anhelo en una frase tan corta: «Mañana seréis invictos en Carabobo».

Durante todo el curso de la campaña Bolívar se había manifestado optimista. Tenía fe inquebrantable en el resultado final de sus planes. Si el efecto corresponde a la causa, la victoria no podía ser dudosa después de una campaña tan metódica, tan enérgica, tan bien concebida y desarrollada. Con fecha 6 de Mayo decía a don Guillermo White desde Barinas: «Todo conspira contra el enemigo y todo nos favorece. Sus tropas, aunque no son débiles en número, no tienen la fuerza moral que es la verdadera fuerza de un ejército». Más adelante afirmaba: «Solo un Angel puede salir del laberinto en que está el General Latorre».

A don Fernando Pañalver le informaba desde Guanare once días más tarde: «Nuestra campaña va maravillosamente bien. Los enemigos no pueden ganar ni una escaramuza, sin embargo de que todas las que hemos tenido han sido contra fuerzas superiores». El 24 de Mayo, un mes antes de la batalla, decía al mismo: «Por acá va bien todo».

Una orden general del día 23 dispuso que todo el ejército vistiera sus mejores uniformes. Más que para una batalla parecía que aquel ejército se preparaba para una marcha triunfal.

Con la aurora del día 24 emprendieron la marcha las huestes republicanas. Bolívar ocupó las alturas de Buenavista que dominaban el desfiladero del mismo nombre. Allí almorzó el Libertador en compañía de algunos jefes y oficiales. En aquel almuerzo tuvo lugar una chanza macabra, una broma entre camaradas que fué lúgubre profecía. «La conversación,—refiere O'Leary—como sucede en tales casos, rodó sobre el éxito probable de la batalla que iba a librarse. Cedeño y Plaza no tomaban parte en la animada discusión, y habiéndolo observado uno de sus camaradas, le preguntó a Cedeño el motivo de su silencio.

—Estaba pensando, respondió, qué bonito muerto haría Plaza.

—Y yo, dijo Plaza, estaba reflexionando en cuál será la bárbara temeridad que le llevará a usted a su fin.

Antes de hundirse el sol en Occidente habían dejado de existir estos dos bizarros jefes».

EL CAMPO ENEMIGO

CUANDO se disiparon las brumas matinales se ofreció a la vista de los patriotas un espectáculo imponente. El ejército español, vestido todo de blanco, formaba alegre contraste con el verde rutilante de la llanura. Hacia el fondo, las tiendas de campaña, dispuestas con todas las reglas de la castramentación, daban al campamento realista el aspecto de un bajo relieve romano.

Latorre tenía formado su ejército en orden de batalla. Seis columnas de infantería y tres de caballería se escalonaban sobre la meseta de Carabobo en forma tal que podían auxiliarse mutuamente. Podían marchar en cualquiera dirección a disputar a los patriotas la entrada a la llanura. Veíanse algunos oficiales que recorrían el campo al galope como portadores de órdenes. Otros dirigían sus catalejos contra los republicanos que avanzaban. Aquí y allá grupos de infantes y jinetes departían y gesticulaban. Otros reposaban sobre el césped.

Dominando el desfiladero había colocado Latorre cuatro piezas de artillería. Cubría su flanco derecho el batallón *Hostalrich*, de gran nombradía en el ejército expedicionario; el izquierdo, el del *Infante*. En el centro estaba el de *Barbastro*. Formaban en la reserva los batallones de *Burgos*, de *León* y de la *Reina*. A retaguardia, protegiendo el camino de Valencia a San Carlos, se encontraba el *Valencey*, que escribió en Carabobo una página inmortal. Había, además, mil jinetes montados en excelentes caballos y armados de carabina y lanza.

Si a las tropas de Latorre no les hubiera faltado la fuerza moral, bien hubiera podido él triunfar en Carabobo. Su posición era formidable; su pericia, reconocida; número, tenía el suficiente. Mas sus filas estaban minadas por dos elementos de muerte: la convicción anticipada de la derrota y la deserción. Morillo, perspicaz y astuto, había abandonado el mando a Latorre cuando vió que la deserción era incontenible entre los criollos y realistas. No quiso presenciar como Jefe la hora del desbarajuste final. Los golpes asestados por los patriotas desde 1819 y la doctrina republicana que cundía, habían obrado fatalmente en el ánimo de los criollos que formaban la espina dorsal de los ejércitos reales. Desertaban o se pasaban al campo republicano. Los mismos peninsulares peleaban sin entusiasmo verdadero. Se sostenían únicamente por el honor militar. Latorre era hombre de honor y por eso recogió valientemente el guante que le arrojó Bolívar. Su hoja de servicios revelaba merecimientos no comunes. Era de los heroicos defensores de Zaragoza. Había peleado en Gerona y se había distinguido en Torres-Vedras. En Salamanca tuvo mando importante en el ala derecha del ejército que derrotó al Duque de Ragusa en aquella magistral acción de guerra. Fué ascendido a Mariscal de Campo y coronó una gloriosa carrera en la Península contribuyendo en Vitoria al triunfo final que destruyó la dominación napoleónica en España. Era un buen capitán, pero mandaba un ejército sin cohesión condenado a quedar deshecho al recibir un golpe fuerte. Esto fué lo que comprendió Bolívar cuando se resolvió a atacarlo en Carabobo.

El ataque

Eran las nueve de la mañana cuando el ejército comenzó a moverse por el desfiladero. Al llegar al pie de las colinas que dominan la entrada al llano, hizo alto. El Libertador se apeó de su cabalgadura y se subió al caballete de una choza pajiza. Remigio Ramos le acompañaba en calidad de práctico. Por un rato largo escrutó Bolívar con el anteojo el campo enemigo, las peculiaridades del terreno, la disposición de las fuerzas contrarias. En los ejércitos contendores reinaba mientras tanto un silencio solemne.

Terminó Bolívar su inspección y dió orden de cargar las armas y de reunir los zapadores de todos los cuerpos. Entonces con ellos, con sus cuatro edecanes y con una parte del Estado Mayor penetró en el desfiladero. Momentos después se oyeron los primeros tiros. Era la vanguardia que peleaba con el Libertador a la cabeza.

Bolívar abarcó la situación con mirada de águila. Comprendió que el ataque de frente por la fragosa senda que seguía era sin duda alguna el sacrificio, la derrota. Pero se dió cuenta al mismo tiempo de que el enemigo no esperaba el asalto más que por el camino de San Carlos o por el del Pao. En esta situación concibió operación táctica magistral. Dispuso flanquear a Latorre por la vereda intransitada que terminaba en el bosquecillo de chaparros situado al occidente de la llanura. Atrevido era el movimiento. Para llevarlo a cabo era menester un jefe de condiciones excepcionales. Bolívar lo tenía allí: dió la orden de avanzar al General Páez, el león de Apure.

Los zapadores comenzaron a abrir una trocha para el paso de la primera División. Sobre la entrada de la trocha concentraba sus fuegos la artillería española. Allí se encontraba O'Leary impasible. Al llegar cada cuerpo les daba la consigna: «Hileras a la izquierda y trote».

Así pasaron todas las tropas republicanas. Cada batallón que pasaba pagaba su peaje de muertos y heridos.

Páez ejecutó el movimiento de flanqueo con rapidez asombrosa. Latorre comprendió el movimiento y corrió a cubrir el chaparral por donde venía el asalto. Los españoles dominaban una colina. Los patriotas habían llegado a otra y de allí debían descender al valle atravesando antes un riachuelo por otro desfiladero estrecho y abrupto. El batallón *Bravos de Apure* fué el primero en pasar y en trabar combate con los realistas. Allí fué el fuego nutridísimo. La matanza crecía por momentos. Latorre les cargaba de firme con cuatro batallones: El *Burgos*, el del *Príncipe*, el *Hostalrich* y el *Barbastro*. Ya los apureños comenzaban a ceder, se arremolinaban, iban a replegarse. Comienzo de rechazo. Entonces llegó la *Legión Británica*.

Como en Waterloo

Los ingleses desfilaron impávidos bajo la lluvia de balas. Su serenidad, dice Baralt, «no parecía de criaturas racionales». Cuando quedaron desplegados en formación de combate arrojaron al suelo los morrales, clavaron su bandera, hincaron la rodilla en tierra y rompieron el fuego al grito de ¡viva la America libre! Así se sostuvieron contra las cargas redobladas del enemigo. Firmes, impertérritos, disparando continuamente, sin vacilar un momento, sin perder una pulgada de terreno. Repetían en el suelo americano la lección que habían aprendido en Waterloo. El Coronel Farriar, Jefe del batallón, quedó allí mortalmente herido; el Mayor Davy, herido; Mínchin, herido; Scott, muerto. Casi toda la oficialidad quedó fuera de combate. Cuando ya se habían agotado los cartuchos, se les mandó cargar a la bayoneta. Hubo un momento en que la caballería realista se precipitó sobre ellos a rienda suelta, con ímpetu espantable. Parecía imposible que aquellas tropas fogueadas y diezmadas pavorosamente, resistiesen la feroz embestida. Mínchin ya herido, ha asumido el mando. Los ingleses forman el cuadro y continúan inmóviles, adheridos al suelo como una roca de granito. Los realistas caen sobre ellos para romperlos, pero han encontrado una muralla de bayonetas y han sido recibidos con una postrer descarga. Los asaltantes vuelven grupas y en su retroceso precipitado atropellan a su propia infantería. El batallón *Apure* mientras tanto ha logrado rehacerse, gracias a la heroica firmeza de los hijos de Albión. Los dos cuerpos siguen ahora peleando juntos en la gloriosa camaradería del heroísmo común.

Las cargas republicanas

En esos momentos llegaron los *Tiradores de la Guardia*. Mandábalos el denodado Heras. Unió a sus tropas de refresco las disponibles del *Apure* y de la *Legión Británica* y con ellas cargó impetuosamente. Los realistas comenzaron a ceder terreno. Se batían sin embargo en buen orden replegándose sobre el grueso del ejército y buscando el apoyo de la caballería. Mientras tanto, las filas republicanas se engrosaban con el primer escuadrón del *Regimiento de Honor*, mandado por brillante jefe: el Coronel Cornelio Muñoz. Páez también estaba allí. Se había puesto a la cabeza de sus huestes y peleaba con su ardor de siempre. Montado en fogoso corcel blanco, vestido de gran uniforme, cubierto el pecho con alamares de oro y en la cabeza el sombrero de gran penacho níveo, su hérculea figura se destacaba magnífica entre las de sus valientes compañeros.

Los lanceros de Muñoz son ahora el cuerpo más fresco. A su empuje y al de las demás tropas republicanas los realistas siguen cediendo. Los *Carabineros* españoles quedan envueltos. Los *Húsares de Fernando VII* están en fuga. Las fuerzas asaltadas ceden definitivamente; abandonan la eminencia que ocupan y toman nuevas posiciones. Entonces Latorre lanzó contra los patriotas el grueso de su caballería. Eran mil llaneros que comandaba Morales. Sus lanzas habían sido por muchos años el más temible enemigo de los republicanos. Bajo el mando de Boves y de Yáñez habían conquistado fama por su fiereza irresistible. Eran el terror de la campiña venezolana. El momento es de ansiedad expectante. Pero esos llaneros no son ya los mismos de antes. Están cansados de luchar por la Corona. Esperan la ocasión de huir, de desertar o de pasarse a las filas de los que luchan por la libertad de su suelo natal. No harán el daño que se espera

de ellos. No darán a la infantería española el apoyo que merece por su indiscutible bizarría.

Contra la embestida de los jinetes realistas, Páez destaca el *Escuadrón Sagrado*. Componían este cuerpo los jefes y oficiales sobrantes en el ejército. Montaban todos caballos blancos y su uniforme era encarnado desde la gorra hasta el botín. Su jefe era el intrépido Aramendi. Eran casi todos guerreros del tipo de Páez: jinetes prodigiosos, lanceros insignes, domadores de potros bravíos, con músculos de acero, resistencia inquebrantable, arrojo temerario que les impelía a acometer hazañas fabulosas. Eran los hombres de las Queseras del Medio, de Cojedes y de La Cruz. A éstos se les unieron todos los miembros del Estado Mayor. Aquel cuerpo de oficiales que peleaban como soldados dió una carga soberbia. Al frente de una de las compañías se encontraba un Capitán llamado Juan Angel Bravo. Con tal denuedo peleó este oficial que en su uniforme exhibía las señales de catorce lanzasos que había recibido. El Libertador dijo que merecía un uniforme de oro.

Al embate impetuoso del *Escuadrón Sagrado* comenzó la desbandada realista. La caballería de Morales volvió grupas y emprendió fuga por el camino del Pao. Otros cuerpos que veían huir a los jinetes despavoridos eran presa del contagio de la derrota y huían también. La persecución se inició vigorosa. *Barbastro* se rindió ante una carga que mandó Páez en persona. Batallones enteros caían prisioneros. Los infantes arrojaban sus armas y se dispersaban internándose por los bosques. Las filas mermaban, las columnas se deshacían. Era el desmoronamiento, el vértigo de la derrota, la catástrofe. Carabobo era ya triunfo de Bolívar.

(Concluirá en el próximo número).

La condesa de Pardo Bazán

POR E. DIEZ-CANEDO

TODA la notoriedad a que puede aspirar en España un hombre de letras la tenía conquistada, muchos años hace, la condesa de Pardo Bazán. Deja, al morir, una labor imponente. Sus libros novelescos y críticos tienen por sí entidad sobrada para solicitar la atención, promover la polémica o arrancar el aplauso. Pero no cabe dudar que les añade atractivo el hecho de ser obra de una mujer.

Obra de mujer, no es extraño que en ellos se manifieste, entre las demás cualidades, un vivo sentimiento de curiosidad. El nombre de la condesa de Pardo Bazán va unido a los primeros atisbos españoles de ciertas doctrinas y tendencias literarias. Atenta al pensamiento europeo, ella fué acaso la primera en ver el vuelo de la escuela naturalista, en relatar sus gestas y señalar sus triunfos; por ella también nos asomamos al vasto paisaje de la novela rusa; y a través de ella vino a nosotros un reflejo del retorno idealista que se inició en las literaturas del viejo continente al agotarse las posibilidades del naturalismo, unos años antes de la guerra. A veces traducíase tal curiosidad en libros de exposición, como *La cuestión palpitante* o *La revolución y la novela en Rusia*; las más se escondía a medias en narraciones de creación personal, en *Los Pazos de Ulloa* o en *La Sirena Negra*. Pero esa curiosidad fué acaso la única cualidad femenina que la condesa tuvo.

Todo lo demás en ella es varonil. El afán enciclopédico, que la llevó a intentar, recordando a Feijóo, tema de uno de sus primeros trabajos, un *Nuevo Teatro Crítico*; el ardor con que reñía batallas y suscitaba contradicciones; el empeño en lograr éxito en la escena, sillón académico, cátedra universitaria; su misma insistencia en que se la llamara escritor, presidente, catedrático, así, en masculino.



La finada condesa de Pardo Bazán

Vista por VÁZQUEZ DÍAZ.

(*El Sol*, Madrid).

Esta será la figura que nos deje a través del tiempo. La condesa de Pardo Bazán no pertenece a esa categoría de escritoras que ponen sola y exquisitamente en sus escritos, no lo femenino, lo maternal; una escritora del tipo de Fernán Caballero o de Selma Lagerloff. Mucho menos se ajusta a esa obra harto más escasa y difícil, en que la mujer descubre su más íntimo secreto; grupo reducido en que hoy sobresale Colette, y del que no está lejos nuestra Rosalía Castro. Es, no hay duda, como lo fué en otras actividades Concepción Arenal, su paisana, de la falange mandada por George Sand. Es la mujer que quiere pensar y escribir como el hombre, En vano proclamará su feminismo; siempre se echará de menos en ella esa sutil, esa rara esencia; la femineidad.

Leyendo a la condesa de Pardo Bazán, en sus novelas y en sus cuentos, no se está en presencia de una mujer. Su estilo tiene vigor masculino, y en sus mismas exageraciones, antes que un amaneramiento mujeril, se delata una brusquedad hombruna. Y esto no es en ella involuntario, no sale a la superficie como a pesar suyo, sino que, por el contrario, responde a un cálculo profundo, a una meditada aspiración. La Pardo Bazán es como quiere ser; y, en verdad, eso es lo primero que se le ha de exigir a un artista.

Quizá por esto se la trató como a un hombre, con ruda franqueza, sin mohines de galantería. Nadie fué más combatido y negado que ella; y, ciertamente, no puso ella poco de su parte en el juego. Influencias harto directas, inspiraciones sobrado visibles, se le señalaron sin rodeos. Mas, por encima de todo, su personalidad, manifiesta en seis o siete novelas, en muchísimos cuentos, algunos comparables con los mejores escritos en lengua castellana, se destaca con vivo relieve en el cuadro de nuestra literatura, en la que dejará, para mucho tiempo, huella vigorosa.

(*El Sol*, Madrid).



Amor redivivo

POR LUIS TABLANCA

En el salón discretamente iluminado por la luz de la tarde invernal reinaba un profundo silencio. Todavía caían de los aleros gotas cristalinas como lágrimas, pero había cesado de llover, y aunque hacia el norte las nubes plomizas formaban pesado cortinaje, en el poniente el cielo se había despejado y entre anaranjados resplandores el sol hundía su disco rojo y enorme. Las plantas del jardín mostraban en sus hojas mojadas una ilusoria pedrería de granates.

En el salón había una mujer. Había escrito de corrido largas páginas en un libro de apuntes íntimos y apoyada la frente en la mano pálida releía los últimos renglones. Eran una de esas confesiones que el corazón confía a una hoja de papel cuando no encuentra entre los seres que la rodean un confidente más mudo y más discreto; y el papel es a veces un amigo que traiciona. Releyó una, dos veces, lentamente y queriendo agregar todavía una palabra esquiva por el momento, que huía como la mariposa que un niño persigue en vano por aprisionarla, dejó el libro abierto y con la pluma entre los dedos fué a apoyarse de codos en la ventana. La luz rosa del atardecer coloreó delicadamente sus finas facciones, que los treinta años habían empezado a demacrar, y sus ojos morunos se absorbieron en la contemplación del paisaje ponentino. La melancolía de la hora ritmaba secretamente con la melancolía de su alma.

Absorta en su triste meditación no sintió que a su espalda apareció un hombre, ligero y sutil como una sombra. Aquel hombre dió unos pasos con suavidad de felino y se detuvo vacilante. Estaba en el atardecer de la juventud y tenía en su rostro afeitado el gesto de cansancio del que recorrió muchos países sin encontrar en ellos ese algo misterioso que se persigue con afán sin saber a derechas en qué consiste; ese algo que presentimos ha de ser el complemento de nuestra existencia, y que a veces, a través del tiempo que vuela, cuanto más luchamos por alcanzarlo más parece alejarse de nosotros, o que cuando creemos atraparlo se deshace entre nuestras manos como una brillante pompa de jabón. El dedo sobre los labios y la mirada escrutadora con que recorrió en torno la habitación denunciaban el temor que entrababa sus pasos. Vió sobre la mesa el libro abierto y andando de puntillas se llegó a él como atraído por una voz secreta que esperaba oir. Inclinado y tembloroso por una ternísima emoción leyó rápidamente lo que la mujer había escrito poco antes.

Aquella página íntima decía así:

«Este tiempo de lluvias monótonas ha contribuido a agravar mi sensibilidad; con un sol alegre y un claro cielo azul yo habría sabido ser fuerte y olvi-

dar, olvidar para siempre. Pero condenada como estoy a vagar entre la casa como un fantasma, los recuerdos se han despertado para atormentarme. Los recuerdos nada más, porque de resto, al cabo de doce años de ausencia, ni yo soy la que antes era ni Carlos es el mozo galán que me juró una fe sincera en el divino tiempo en que floreció nuestra juventud. Los años empiezan a marchitarme y el espejo me lo repite todos los días con una sevicia cruel; Carlos, en cambio, se conserva en pleno vigor, aunque a su juvenil hermosura la reemplaza ahora una mundana arrogancia de hombre que ha paladeado todas las mieles de la vida y aun tiene abiertos por delante los caminos del porvenir...

»¡Doce años! Vistos hacia atrás parece que volaron, y no fué así: su lentitud me anunció sin piedad cada minuto, cada hora, cada día, cada mes. Tuve esperanzas y las ví desaparecer. Y a la postre llegué a creer que olvidaría... ¿Pero olvidé en realidad? Sí, aunque fué un olvido pasajero. La música distrajo mis ocios y una falsa pasión por el arte me permitió vivir como viven las mujeres que sufrieron un desengaño igual al mío. ¿No he cantado como una diva en conciertos para fines benéficos? Los hombres al verme habrán pensado lo que siempre piensan y dicen de nosotras. Sin embargo...

»El regreso de Carlos ha sido inesperado, sin anuncio ninguno, cuando menos lo pensábamos, y como miembro de la familia ha venido a nuestra casa. ¡Dios mío! Yo he podido caer presa de un síncope cuando me lo comunicaron. ¿Pero era verdad que el eterno ausente había regresado? Y he corrido a estrechar su mano como lo hicieron mis hermanas y mis primas, con el rostro animado por una alegría sincera, de amiga, de amiga nada más. Y Carlos tras de apretar mis manos entre las suyas, con el inocente cariño de un primo afectuoso, me dió además un abrazo. Luego hemos conversado muchas cosas, alegre él, alegre yo, como dos extraños, como si en el tiempo que pasó nuestros corazones no hubieran latido el uno para el otro. Hemos vuelto a ser indiferentes. ¡Han pasado doce años!

»No he querido que termine la tarde de este día sin llenar esta página. He tomado la pluma con una serenidad y una calma completas. La lluvia no cesaba de caer y antes de trazar el primer renglón he sentido una tristeza desconocida, profundísima, como si los hilos de agua me penetraran hasta el alma. Y es que han despertado mis recuerdos...»

Terminaba la lectura y no alzaba los ojos del papel. Ese algo misterioso que a través de tierras extrañas había perseguido con afán inexplicable, acababa de aparecer ante sus ojos con la suave luz de una estrella en el melancólico cielo de la noche; ese algo era el amor sincero que persistía a través del tiempo y lanzaba su caliente llamarada para darle abrigo a su vida helada por el fastidio. Como cuando tenía veinte años su corazón empezó a latir apresurado.

—María...

Un leve grito de rubor obtuvo por toda respuesta y en el rosado rectángulo de luz que dibujaba la ventana vió las dos manos de la amada, amada dos veces y ahora con nuevo amor, que subían a ocultar su rostro. Corrió a su lado y llegó a tiempo para recibirla desmayada.

—María...

Y al tiempo de besarla murmuró con fervor:

—Nuestra felicidad empieza en este momento, pues hemos resistido triunfantes la dura prueba de la ausencia que es la generadora del olvido.

(El Gráfico, Bogotá).



LA DIVINA AVENTURA

Por FÉLIX C. LISAZO

A menudo se transforma el cuadro de nuestra vida al soplo cambiante de las circunstancias, y el mismo cambio viene a ser para nosotros el origen de una revelación. Mientras no haya habido cambio no habremos podido conocer el fondo íntimo de nuestros propios sentimientos, pues que toda la luz nos ha venido de un solo lado, y una parte de nuestro yo profundo,—la parte opuesta—ha quedado siempre en la sombra. Y no sabemos qué dirá a nuestro corazón esa parte no iluminada, que sólo llegará a resplandecer bajo el efluvio de las contrarias circunstancias. Por eso un gran dolor agranda nuestra plenitud, tanto como una gran pasión; pasión o dolor han sido una luz nueva, distinta y poderosa, que ha alumbrado del *lado de adentro* todo cuanto la luz normal había dejado en penumbra, sin revelar.

Con frecuencia hemos visto, mejor en los diminutos cuadros de libros casi místicos en que la vida apacible se retrata como en lago adormecido de quietud, esos seres que han nacido en el pequeño lugar donde su vida ha transcurrido tan en silencio, tan sin incidentes y, al mismo tiempo, con tanta felicidad para ellos, que al verlos nos conmueven y nos hacen piadosos. ¿Qué les ha hecho tan dulces, y tan fáciles de contentar, y tan resignados en las penas? Seres absolutamente buenos, la luz les ha venido de su bondad, que es su sol, y hasta en la desgracia ellos no han llegado a sentirla con la fuerza de lo fatal, amparándose de todo rudo golpe en la propia resignada mansedumbre. Quizá, también, si en sus vidas no ha soplado nunca ningún gran viento de pasiones, o si su corazón ha sido insensible al cambio; o acaso, mejor, si con un esfuerzo sobrehumano supieron acallar todo pensamiento o todo deseo que llevara un germen de peligro para sus vidas sosegadas! Nosotros nos inclinamos a creer que este último ha sido su gran sacrificio que todos ignoran. El tono de sus palabras, tan melancólico, casi siempre, aunque sin dejo de amargura, nos hace pensar que algo se quedó en el corazón, envuelto misteriosamente, y que siempre estará allí, como una pena inexpresable que a ratos se asoma a los ojos o languidece en las palabras.

Un día hay en el silencioso lugar una niña que ha leído un libro que no se sabe cómo cayó en sus manos. Era, probablemente, un libro de amor, por el que se paseaba la vida, y fué, para su imaginación, el inicio de la tortura, que alguna vez llegará a su máximo, cuando el pequeño lugar no sea bastante para contener sus sueños. Allí comenzará, entonces, para su anhelo, una lucha que acaso dure tanto como su vida. ¿Qué ha sucedido para que no quepa la pobre niña donde cupieron todos sus mayores? Su alma, que seguramente era inquieta y visionaria, ha tenido una revelación; fingido o cierto—de seguro menos cierto que fingido—, ella ha imaginado un mundo más grande para sus sueños, y ha imaginado también mil aventuras o, por lo menos, la gran aventura de su vida, la que nunca podrá ocurrir en el minúsculo lugar en que, desde ahora, se asfixia su corazón. Es posible, también, que no haya caído en sus manos ese libro tentador, sino que ella haya nacido con sed de lo desconocido,—como los poetas—, y el misterio la atraiga como una llamarada. (En sus ojos hay, probablemente, un brillo que trasciende la íntima ansiedad, y el íntimo anhelo está en su luz).—De todos modos, la niña de imaginación o el poeta han sentido un día que en su alma algo nuevo se iluminaba. ¿De dónde vino la luz? ¿Qué cambio la produjo?... Pronto los veremos alejarse de aquel mundo pequeñito, porque para soñar el sueño de sus propias vidas, ellos necesitan el clamoroso ambiente en que todo aparece como una senda nueva e imprevista. Ellos conocen bien que sólo aquí podrán hallar la emoción no gustada; saben, cuando menos, que existe cerca lo inesperado que puede llegarles, y esa certidumbre es, por sí sola, un temblor.

Alguien pensará que no estarán menos solos en el bullicio y el vértigo; ciertamente, y aun agregaremos que, de seguro, lo estarán más. Pero, ¿qué ser de imaginación no se siente embriagado al perderse así en la vida?—Y ¿qué le importa su felicidad, si lo que necesita es su embriaguez para cantar mejor o para darse toda entera en la pasión? Tampoco por eso ha de perder su soledad; yo casi os aseguro que la conservará mejor. La soledad, que es un don maravilloso cuando nosotros sabemos hallarla en el tumulto, es miserable cuando la buscamos huyendo de la vida. ¿Qué valor es más grande que el valor de la conquista? ¿Por qué no conquistar nuestra soledad en medio de la vida, sabiendo que por nuestro lado cruza el tumulto, para que podamos tener, a ratos, el derecho de perdernos en el torbellino?

•

Hay una vieja clasificación de los seres que será siempre insustituible para nosotros: seres que no buscan sino lo que tiene un nombre, porque todo lo ven con claridad; seres que no se conmueven sino en el seno de las irrealidades. Estos son los que lo dejarían todo por una quimera, los que anhelan el estremecimiento que no han sentido, los que se pierden siempre tras una visión fugitiva, los que, en la noche, buscan el sitio misterioso para sentir cómo la frente se puebla de imágenes, mientras los ojos, que saben ver en la sombra, buscan algo que presienten. Para un ser así, la vida no puede tener sentido allí donde todo es diafanidad apacible, donde todo no es más que la sencilla repetición de las mismas cosas, y la monotonía llega a tener el aspecto de la fatalidad. No existe, es cierto, la fuente del desengaño, tan amarga, de seguro; pero de seguro también, que no quisiéramos privarnos, a cambio de ninguna felicidad, de esa gracia de

la sorpresa, la más grata y equívoca insinuación de la vida. Será un suplicio, en fin, vivir en el pequeño lugar en que sabemos que no ocurre nada fuera de lo acostumbrado; más aun: sabiéndolo, puede ser que nos engañemos a nosotros mismos, y una secreta inclinación nos lleve a recorrer el desierto sitio, avisado el instinto, en espera de un rumor de voces apagadas o de pasos quedos, o creyendo hallar, súbito, el brillo de unos ojos en la callada noche...

Hay para nosotros, como para el artista y para la mujer de imaginación, algo supremo en el vértigo de las ciudades: la posibilidad de la aventura. No puede haber emoción comparable a la emoción de la aventura: abandonar nuestra soledad, entrarse en la vida, perderse en ella, Dios sabe de qué misteriosa manera y en qué desconocidos brazos, y al fin volver de nuevo a nosotros mismos,—ese es el círculo de nuestra renovación. —De donde cambiar equivale a vivir. Porque así como el cambio es imprescindible para la más completa revelación de nuestro fondo íntimo, también la posibilidad de cambiar—¡oh divina aventura!—es lo que mueve casi siempre nuestros pasos, y nos hace perseguir las sombras y el misterio.

(*El Fígaro*. La Habana, 6. de febrero de 1921).

THE OPPORTUNITY SCHOOL

LA ESCUELA PARA TODO Y PARA TODOS

[Artículo publicado en la *Revue Pédagogique* del mes de marzo de 1920, por *Mme. H. Vanderpyl-Augé*, traducido para los ANALES DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA (1) por *Eduardo Rogé*, Director del Museo Pedagógico de Montevideo].

En la esquina de las calles 13ª y Welton Street, en Denver (Estado de Colorado de la Unión Americana), se alza un antiguo edificio, en el que se aplica un nuevo sistema de enseñanza, sobre el que empieza a interesarse el mundo escolar.

Una media docena de naciones han enviado allí sus representantes para estudiar el funcionamiento de dicha escuela. Sus métodos son aclamados por su esencial eficacia y muchas ciudades de Estados Unidos, así como también las de Londres y Tokio, se preocupan de crear escuelas semejantes para sus conciudadanos.

Abierta en Septiembre de 1916 por la Dirección de las escuelas públicas de Denver, esta nueva escuela administrada como las otras públicas de dicha ciudad, fué dispuesta para doscientos alumnos: 2,300 se presentaron en el primer año de su fundación, 3,200 en el segundo, subiendo de 5 a 42 su personal; en el corriente año se cree que el número de alumnos alcanzará a 5,000.

Dejemos la palabra a dos testigos oculares, Alma y Pablo Ellerbe, a quienes debemos la mayor parte de los informes que siguen (*Harper's Magazine*, septiembre de 1919).

Llegada la noche, puede verse en Denver una procesión multicolor y variada dirigirse apresuradamente a una de las calles de la ciudad, para desaparecer en un sombrío y antiguo edificio, cuyo pórtico ostenta un letrero en grandes caracteres dorados, que dice: *The Opportunity School*.

La hermana del obispo viene a aprender allí el manejo de la máquina de escribir para sus obras de beneficencia, y su cocinera escandinava, a seguir el curso de inglés; un célebre abogado concurre también para familiarizarse con el mecanismo de su automóvil de lujo, y el pilluelo que le vende el diario en la calle, para instruirse en los elementos de la enseñanza primaria; un ciego anciano, para aprender a fabricar cepillos; un grupo de jóvenes de la mejor sociedad, para asistir al curso de dietética; un desmovilizado que se volvió sordo a causa de una explosión, para aprender a leer por el movimiento de los labios; un periodista, para cursar estenografía; un negro viejo de cabellos blancos, para aprender a leer y escribir; las alumnas de una escuela católica, conducidas por dos religiosas vestidas de negro, para asistir a la clase de cocina; jóvenes griegos vendedores de baratijas y lustradores de botines, viejos mercaderes judíos con barba de profetas, mujeres rusas y alemanas con el chal negro sobre la cabeza, mineros austriacos, fruteros italianos, ágiles japoneses, filipinos, suecos, chinos, croatas, mejicanos, mestizos y toda clase de americanos.

Verdaderamente es un desfile de los Estados Unidos. ¿Por qué esta escuela atrae así a tantas personas de todas las edades, de todas las razas y de todas las condiciones sociales?

Es porque realiza una idea sencilla, antigua, universalmente admitida, pero tan completamente olvidada que se la ve renacer con toda la fuerza de una nueva idea.

Sus puertas están abiertas para todos los que no han podido instruirse, para todos los que no han aprovechado la instrucción recibida, en una palabra, para todas los que todavía tengan algo que aprender.

A propósito de los Estados Unidos, se ha hablado ya de la instrucción «a la carte»; aquí se va más lejos; se pide a cada uno que traiga su propio «menú», que indique lo que quiere aprender y cómo desea aprenderlo para obtener provecho personal. Se le enseñará tan rápidamente como sea capaz de asimilar.

Abierta desde las ocho y media hasta las veintiuna y quince, la escuela sólo pregunta a los postulantes: «¿En qué podemos servirlos? No se pierde tiempo en lamentaciones ni en moralizar sobre las ocasiones perdidas; el punto de vista encarado es éste: «¿Qué puede hacerse actualmente aquí para completar vuestra instrucción?» No se exige límite de edad. Las mujeres no se ven en apuros por ello; se les pregunta: «¿Tiene usted más de 21 años?», y basta contestar sí o no; tal es su fórmula de inscripción.

La escuela es esencialmente hospitalaria. No solamente todo es gratuito, sino que también se ofrece un plato de sopa a los que, por falta de tiempo o de dinero, no pueden ir a cenar a sus casas, entre la jornada de trabajo y las clases de la noche.

La directora, Miss Emily Griffith, alma de la escuela, es una mujer entusiasta y genial que une a su conocimiento profundo del corazón humano una firmeza y una abnegación a toda prueba. Su influencia personal hace de su obra educadora, una obra eminentemente social.

Demuestra especial interés por aquellos que no pudieron adaptarse a los cuadros de las escuelas públicas.

Al abandonar los viejos métodos que, al comprimir por un lado lo que hacen estallar por el opuesto, ponen a

(1) De donde lo reproducimos. (N. del E.)

todos los alumnos en el mismo molde, Miss Griffith los clasifica bajo el título de «alumnos que tienen disposiciones industriales», o algo por el estilo, pues los títulos tienen aquí poca importancia. Trabajan una hora con los libros y tres horas con la carpintería, el cemento armado, el mecanismo del automóvil u otra cosa, según las aptitudes de cada uno.

En un tallercito modelo, los varones aprenden rápidamente el manejo de las herramientas y son enviados afuera para ejecutar gratuitamente algunos trabajitos, con el único objeto de perfeccionarse, tales como arreglar el cerco de la casa del vecino, asegurar una muestra, reforzar escalones, esto es, todo aquello que es sencillo y usual.

A los que deben ganarse la vida trabajando durante el día, se les tiene en cuenta, en las clases nocturnas, el modo como cumplen sus tareas, y se les clasifica de acuerdo con los informes enviados directamente por los patrones o empresarios.

Los malos no son tampoco rechazados. Treinta y cinco jóvenes expulsados de las escuelas por faltas graves y clasificados como *incorregibles* por el Tribunal de Niños, ante el cual deben presentarse una vez por semana, son acogidos aquí, tanta es la esperanza que se tiene en que una de esas piedras arrojadas por los constructores de un edificio, sea, algún día, la piedra angular de una nueva construcción.

Todo se aprende en «The Opportunity School»; a presentarse en una oficina para pedir empleo, a encargar una comida según un «menú» determinado, a comprar Bonos de la Defensa, a hacer visitas oficiales por los recién llegados de América, lo que debe decirse a una dueña de casa para ser recibido en ella, qué vestidos deben ponerse y la manera de llevarlos.

Si los cursos que usted desea seguir no están en el programa, los incluirán en éste, con la condición de que la enseñanza sea práctica y aplicable a las necesidades de la vida. No existen todavía los cursos de embalsamiento de momias, ni de latín, ni de escultura, ni de modernismo; pero en el año próximo pasado, en una ciudad de 280,000 almas, que no es centro industrial, 517 alumnos recibieron el diploma de mecánicos para automóviles, 165 para emplearse como funcionarios, 50 jovencitas para escribir cartas al dictado como dactilógrafas; las clases de radio formaron 35 expertos, 150 aprendieron el dibujo mecánico, 906 la taquigrafía y el manejo de la máquina de escribir, y 275 procedentes de 20 naciones, aprendieron a leer y a escribir en esta escuela.

Y esto es solamente una parte del resultado obtenido. La psicología del comercio es enseñada por una mujer muy experimentada en la materia, vendedora de un almacén; hombres de negocio eminentes dictan cursos sobre los mejores métodos para obtener éxito; a la clase de cocina asisten amas de casa, cocineras, jóvenes que están por casarse, nurses que desean perfeccionarse en dietética; hay una clase para los tartamudos y otra para los ciegos adultos; la clase de francés era muy concurrida, durante la guerra, por los soldados que iban a partir para los frentes de batalla; hay una clase para los obreros en palastro, otra para conductores de tractores, un curso para los empleados de hotel, desde la mucama hasta el director.

El viejo espíritu crítico mundial emitirá, tal vez, sus dudas sobre la eficacia de una escuela en que se enseñan ciertas materias como «el arte del peinado»; pero la propia escuela no tiene escrúpulo alguno a ese respecto, y ya se habla abiertamente de establecer «un curso para la conservación de la belleza».

La tendencia esencial hacia el lado práctico de las cosas, queda probada con el desarrallo de la clase de «narradores de historias», que habilita para ser «entertainers of children», esto es, para divertir o entretener agradablemente a los niños.

Una clase de instrucción cívica, «citizenship», funciona también allí, para ayudar a los extranjeros de Denver y de sus alrededores, a cumplir las formalidades necesarias para obtener la carta de ciudadanía. Han obtenido ya beneficio de esta clase 1,800 personas.

Más de 600 alumnos que habían escollado en sus exámenes de fin de año, o que habían sido admitidos condicionalmente, pasaron con éxito por las manos simpáticas de los especialistas de la escuela.

Su especialidad consiste en tratar de acudir en ayuda de cada uno en su caso particular, y en esto es donde se destaca la abnegación de Miss Griffith.

«Si yo supiera dibujar, decía una lavandera, podría llegar a ser jefe de taller».

—¿Dibujar qué cosa?

—No lo sé exactamente.

Miss Griffith se informa en el lavadero, se enseña a la obrera a dibujar las figuras apropiadas al caso, posiblemente marcas especiales para la ropa, y, al poco tiempo, la obrera era jefe de taller.

En la clase de teneduría de libros, la directora descubre que uno de los mejores alumnos estaba, desde hace varios años, empleado para medir muselinas en el subsuelo de una gran tienda, sin esperanza alguna de mejorar su condición. Miss Griffith habla con el director de la tienda y le dice: «¿No querría usted probar a este empleado en sus escritorios? Reune todas las condiciones para ser un buen contador».

El director accede y el medidor de muselinas no volvió más al subsuelo. Ahora es el primer contador de la casa.

De hecho, los agentes de empleos, los dueños de fábricas, de talleres y otros, participan ampliamente del buen funcionamiento de la escuela, y están doblemente interesados en ello, puesto que toman de allí un personal bien preparado, y además, porque en la escuela van a perfeccionarse los obreros y empleados que ya están en funciones.

Un delegado de la escuela se dedica a visitar con regularidad a todos los

empresarios de la ciudad y de sus alrededores para conocer sus deseos y sus necesidades respecto de la mano de obra. Miss Griffith discute con ellos los nuevos desarrollos del trabajo.

El personal enseñante estudia los procedimientos y la terminología de las distintas casas, para trasmitirlos a los alumnos que tengan interés en conocerlos.

La escuela consigue, por término medio, cien empleos mensualmente para sus alumnos. El sistema de informaciones es sumamente sencillo. Al efecto, en el primer piso se encuentra un casillero. Si usted sabe de un empleo vacante da sus informes por escrito y su ficha queda aplicada en el casillero. Si usted busca una colocación, consulta los avisos y da cuenta de todas las gestiones que haya hecho sin resultado favorable.

Pero lo más notable de esta Institución es la influencia moral y bienhechora que ejerce.

Un jovencito de quince años, echado de todas partes, se presenta ante Miss Griffith para ser admitido.

«Quisiera, dice, que usted no lea el informe que sobre mí le va a mandar mi maestro. Dirá muchas cosas feas contra mí, lo que es verdad, pero quisiera cambiar de vida en esta escuela y ser admitido entre los buenos».

—¿Usted piensa bien lo que dice?

—Sí, honestamente.

—Está bien. Tengo necesidad de alguno en mi escritorio. Siéntese allí y encárguese de abrir mi correo durante algunos días. Cuando llegue su informe lo romperá usted.

Así se hizo. El muchacho mantuvo su palabra, fué un excelente alumno, y, según sus deseos, pasó a servir en una granja, a completa satisfacción de su dueño.

Una negra se presentó cierta noche en la escuela. Su vida había transcurrido junto al lavadero. Envejecía; no tenía fuerzas para ese trabajo y no quería ser una carga para las cajas de socorros. Había un oficio que siempre tuvo deseos de desempeñar; ¿podrían enseñárselo?

—Seguramente, ¿qué oficio es? preguntó la directora.

Tímidamente y bajando la voz, dijo: modista. Miss Griffith sintió apretársele el corazón. Pensó en las combinaciones de colores que la negra vieja haría, vió los nudos, los plegados, las rosetas; pero como su principio es el de dejar que cada uno siga su propia idea, colocó a la nueva alumna bajo la dirección inmediata de la modista en jefe, que está durante el día, al frente de una de las más grandes casas de modas de Denver. Al principio, fueron desastrosos los resultados de las combinaciones de cintas y puntillas; después la modista descubrió que su alumna era diaconisa (mujer empleada y dedicada al servicio de la iglesia), y le encargó la confección de una gorra sencilla en relación con su estado. La modista hizo los nueve décimos del trabajo; la antigua lavandera se puso la gorra para ir a la iglesia el domingo siguiente, y a la vuelta, recibió el encargo de tres gorras iguales, que ella misma fabricó sola esta vez. Es actualmente muy hábil modista de diaconisas, realizando así sus deseos.

Miss Griffith sigue siendo el buen genio protector de todos los que han dejado la escuela para dedicarse a algún trabajo. Sus afanes alcanzan también a los jóvenes extranjeros que, por conocer poco el inglés, están expuestos a mayores peligros.

Uno de ellos le envió cierta noche, el telegrama siguiente: «No vacile usted: estoy preso».

En efecto, no vacila: telefonea al Scherif (funcionario municipal de policía y justicia), del punto en que se hallaba el joven.

—¿De qué es culpable ese mozo?

—Es un errante; no quiere trabajar.

—¡Oh! contesta Miss Griffith, lo conozco y usted no lo conoce. Está mal vestido; tiene el aspecto miserable; busca trabajo y no sabe expresarse en inglés, pero quiere trabajar. Suéltelo y mándemelo aquí. Respondo personalmente de él.

El Scherif accedió. El joven volvió a Denver. Miss Griffith tenía razón: no deseaba otra cosa que trabajar y sin embargo, sin su auxilio, hubiera estado irremisiblemente perdido.

Otro de entre los jóvenes alumnos extranjeros, no había poseído jamás un centésimo. Después de haber terminado en la escuela un curso de mecánica, obtuvo un empleo muy bien retribuído. Pero, en lugar de comprarse ropa, de alojarse bien y de alimentarse suficientemente, continuó viviendo con tanta pobreza como antes, economizando así lo que ganaba hasta reunir la suma necesaria para realizar el sueño de su vida: comprar una motocicleta. Compró la más linda que pudo hallar: era el único objeto que poseía en el mundo.

Monta en ella y va al City Park, que estaba lleno de niños, como de costumbre.

El joven ciclista hace subir en la máquina o todos los que podían caber, y, a gran velocidad, les hace dar la vuelta del lago.

Poco después, un guardia civil se aproxima para ver lo que sucede. Ve a un pillete harapiento y una motocicleta nueva, y piensa que la máquina debe haber sido robada.

Arresta al joven y, a pesar de sus protestas, se dispone a llevarlo a la comisaría. El joven reacciona, se detiene de pronto, se quita la gorra y de entre el forro saca un papel. «Lea usted esto», le dice con voz segura. El guardia civil leyó: «Este joven es »honrado y digno de confianza. Si se »le presentan dificultades, telefonee a »York 1555. Emily Griffith, directora »de The Opportunity School».

El guardia civil, lo mismo que los scherifes, conocía a Miss Griffith. Cambió de opinión respecto del poseedor de la motocicleta y lo soltó, diciéndole en tono áspero, para conservar su prestigio delante del grupo que se había formado:

«Vamos, mocito, trate de no hacer tanto ruido con su máquina».

Cuando el joven cuenta el hecho, no se olvida de mostrar el papel diciendo: «Usted comprenderá que nunca me separo de él».

Pensando en todos esos elementos heterogéneos de que se compone *The Opportunity School*, cabe preguntar cómo es posible que una mujer pueda mantener allí el orden y la disciplina.

A este respecto, Miss Griffith tiene recursos propios para conseguirlo.

La mañana del domingo

Vengo de dar un paseo por el campo.
Con mi fardo de ilusiones a la espalda
y un lente de optimismo ante los ojos,
en las horas de la mañana
salí al campo.

Gustar de la contemplación de la pradera
bañada por la luz; la suave brisa
que se aroma cuando la cabellera verde alisa
del jardín; la sombra y el color de seda;
primavera!

En el cielo, en la montaña, en la que fué
[conmigo
y en lo que está en mí,—la luz del sol.
Y cuando allí pensé
en lo que ahora digo,
un ave que no ví alzó su canto
tras de las flores del rosal.

Vibre la voz del campo verde,
vibren las rosas en botón,
porque no muere tu canción
come-maíz que estás alegre.
Que en ese triunfo del sonido
se encuentra bien mi conmovido
corazón.

Y, oh placer de caminar! Dejé el tranvía
y por las calles luego fuí.
Mi carne, que comprende, esponjaba su
[tejido
para no dejar ir ni un rumor...
Fué mi deleite la voz del agua,
fué mi deleite la voz del viento
y la voz de la chiquillería
de la casa de ricos que ví.

Y como ante un íntimo contacto
fluyó en mi corazón este dulzor:
hacer el verso que sea mi extracto
para juntar en ese acto
mi amor humano y el divino amor.

SALVADOR UMAÑA

Junio 12 de 1921.

El «King of Chinatown», algo así como el *taita* de los pilletes del barrio, como decimos nosotros, se presentó un día ante ella. Venía a la escuela con la intención bastante manifiesta de producir desórdenes en el establecimiento. Pero, ante la mirada directa de los claros ojos azules de la directora, se dió cuenta de que debía proceder con alguna precaución. Finalmente, fué él quien cayó en la trampa.

Lejos de pensar en luchar contra la dureza natural del *taita*, miss Griffith lo utilizó para el bien de todos. El «King of Chinatown» fué designado jefe de disciplina de la pequeña comunidad a la que se preparaba a atacar, y tomó su papel muy por lo serio.

Dos jovencitas del curso de taquigrafía, para volver de noche a su casa, tenían que costear un largo viaducto muy aislado; un hombre las esperaba en la oscuridad y las seguía todas las noches.

«Déjeme hacer», dijo el jefe de disciplina y, a la noche siguiente, surgió de pronto de entre las sombras en el preciso instante en que el individuo se acercaba a las jovencitas.

No se le volvió a ver en la escuela durante algunas noches; se mantenía prudentemente oculto, consultando las crónicas policiales de los diarios antes de aventurarse en público.

Más tarde refirió que había corregido al hombre, tal vez un poco más violentamente de lo que había pensado, y no estaba seguro completamente del resultado. El mismo, la directora y las dos jóvenes se sintieron muy aliviados cuando tuvieron la certidumbre de que el asunto no había tenido malas consecuencias. «Será necesario que modere mi ardor». dijo como conclusión. No tuvo que moderarlo, pues poco tiempo más tarde, pudo darle libre curso en los campos de batalla de Francia.

Esto es *The Opportunity School* de Denver (Colorado), nueva escuela por su objeto y por sus métodos. Lo dicho a su respecto basta para darse cuenta de por qué esta escuela empieza a ser célebre en los medios pensadores del mundo entero.

Los dos testigos oculares ya citados, terminan así su largo relato:

«A propósito de esta institución, se habla de una nueva nota en materia de educación; pero, ¿no es, acaso, la armonización de todas las notas de la vida?»

Y agregamos por nuestra parte: la armonización de todos los métodos pedagógicos dirigidos hacia la satisfacción de todas las necesidades sociales.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

El cultivo de la superioridad desde la cuna

El amor a la luz

Le envío para su REPERTORIO—tan cordialmente conocido en toda América—esta copia de las conclusiones de un admirable trabajo de don J. Fernando Carbonell, porque deseo llamar la atención de los intelectuales, principalmente de los maestros, de ese culto país centroamericano. No es desconocido para usted ni para los estudiosos de esa tierra el nombre del autor que, para mí, se destaca por su independencia científica, su sensibilidad exquisita, sus *recherchés* audaciosas en la vida humana y por su voluntad inoxidante en el ambiente en que mueve entusiasta en provecho del niño, del hombre y del mundo. Su fisonomía moral se vislumbra en estas palabras que entresaco de una carta que me ha escrito hace poco: «No soy modesto porque considero que la modestia es una irrealidad inversa de la vanidad y por lo tanto tan distante como ésta de la verdad, de la que estriba la aspiración suprema del filósofo. No soy sabio, desgraciadamente. Este es el gran dolor de mi alma: haberme asomado muchas veces a la ventana interior donde la Sabiduría puede ser vista, pero luego tener que conformarse con verla desde lejos...» Su amigo que siempre le admira por su noble labor cultural y que le abraza. JUAN RAMÓN URIARTE.

DEBE crearse un Consejo Nacional de Madres y un Consejo de Inspectoras de la Puericultura, cuyo cometido consistirá en instruir y vigilar las clases superiores de niñas para inculcar a éstas, métodos de criar y educar a los niños pequeños, en forma que su integridad espiritual y física sea respetada y orientada del mejor modo posible, asegurándoles una existencia eubiótica, esto es, de perfeccionamiento y felicidad, con el fin de cultivar los posibles gérmenes de superioridad en ellos, descubriendo y desarrollando sus aptitudes naturales.

Dicho Consejo, por mediación de su cuerpo de Inspectoras, seguirá de cerca a las niñas que se hayan revelado más aptas para el cultivo de la personalidad y una vez egresadas de la escuela, cuando ellas se hallen embarazadas, ejercerá una discreta vigilancia educativa para la práctica de lo aprendido sobre la materia que nos ocupa.

Un breviario de instrucciones científicamente autorizadas se entregaría a cada Inspectora. Este breviario será objeto de un concurso periódico internacional, para que sea siempre la expresión de lo más autorizado y lo más moderno respecto a la educación y crianza de los pequeñuelos, en lo que compete al Hogar y a la Escuela.

La doctrina esencial que ha de orientar dicho breviario, es el amor a la luz:

Luz para el cuerpo, que es salud.

Luz para la voluntad, que es libertad.

Luz para la mente, que es conocimiento.

Luz para el sentimiento, que es pureza.

Luz para la práctica de la Vida, que es limpieza en lo físico y honestidad en lo moral.

Luz para la existencia nacional, que es política realmente democrática.

Luz para la vida internacional, que es una diplomacia a cartas vistas.

Luz para la Historia de la Humanidad, que es un perfeccionamiento sin dolor y sin sangre.

Y luz para nuestra más elevada entidad psíquica, que es la confianza pura en el progreso eterno, al cual coadyuvamos por el cultivo de la superioridad

¡desde la cuna!

J. FERNANDO CARBONELL
(Director del Instituto de Eubiosis Práctica).

Montevideo, 1180 Cerro Largo.

En el próximo número comienza la publicación de un valioso estudio del Lic. don Manuel Sáenz Cordero:

COSTA RICA EN EL CENTENARIO

Interesa mucho a los maestros.

VIDA Y ROMANCE

LA CALLE

Por RAMIRO DE MAEZTU

Hay en los Cuatro Caminos una casa en la que no se puede estar diez minutos sin que se nos anude la garganta. Es la Casa-Escuela para los niños delincuentes, en el número 7 de la calle de Jaén. El Protectorado del Niño Delincuente es una institución que se fundó el 18 de febrero de 1916 por un grupo de amigos de don Francisco Giner, que quiso conmemorar de esta manera el primer aniversario de la muerte de su amigo. La Casa-Escuela se debe, en buena parte, a la generosidad de don Francisco Bergamín. En ella viven unos cuantos muchachos delincuentes, en íntima familiaridad con sus maestros, una temporada que se llama de convalecencia, y tan pronto como son reintegrados a la vida social son reemplazados por otros libertos de la cárcel.

La secretaria de la institución, señora Pestana de Blanco, asegura que la Casa-Escuela no tiene más que un enemigo poderoso: la calle. Su atracción es tan grande, tan fascinadora, tan llena de encantos para aquellas almas adolescentes, que en vano se les da vivienda limpia, comida sana, educación gratuita y buen consejo, porque algunos se escapan y no vuelven, aunque tengan que dormir en soportales y pasar frío y hambre, con lo que acaban por reincidir y volver a la cárcel. La calle es para ellos la libertad del albedrío, y por la calle, que es la libertad, han librado los hombres de estos tiempos las batallas más entusiastas, por lo que no hemos de extrañarnos que haya también niños delincuentes que prefieran la libertad a la cultura.

Para estas almas atropelladas, en que la tentación y la felicidad son una misma cosa, la calle es el conjunto de todas las cosas deseables: el escaparate de la tienda, las luces del «cine», la colilla del cigarro, el bolsillo de la dama peripuesta, y, sobre todo, el andar de una parte a otra y al merodeo por mercados, cuarteles y puertas de teatros y cafés; pero la experiencia ha enseñado a los consejeros y cooperadores del Protectorado del Niño Delincuente que lo que es realmente la calle para los jóvenes de la Casa-Escuela es el camino de la Cárcel Modelo, y tan persuadidos están los fundadores del Protectorado de que la calle es mala para los niños delincuentes, que su ideal actual consiste en instituir una Escuela de Reforma, en alguna finca apropiada de los alrededores de la capital, con lo que opondrían a las excitaciones de la calle la serenidad y placidez del campo.

La salvación está en el campo. Después de haber soñado tantos siglos con ser libres y volar con los pájaros, hemos de soñar ahora con ser árboles, hundir nuestras raíces en los misterios de la tierra, alzar los brazos y aprisionar el cielo. Después de haber alimentado tanto tiempo el ideal de la ciudad, tenemos ahora que curar en el campo las enfermedades de las urbes. El ideal de la calle, que tanta fascinación ejerce sobre los niños delincuentes, es un ideal equivocado. Pero no son ellos solos los que se engañan en su ideal. La tragedia mayor de los hombres no consiste en querer lo que no tienen; sino en querer lo que les dañará cuando lo tengan.

LOS LIBROS ESENCIALES

Guía para la formación de una Bibliotica selecta

(Véase del número 23).

180 Bossuet: *Historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes.*
181 Descartes: *Discurso sobre el Método.*
182 Bacon: *Novum Organum.*
183 Diderot: *Interpretación de la Naturaleza.*
184 Vauvernages: *Pensamientos.*
185 Mme. de Lambert: *Consejo de una madre.*
186 Bossuet: *Discurso sobre la Historia universal.*
187 Condorcet: *Esbozo histórico.*
188 De Maistre: *El Papa.*
189 Bossuet: *Política sagrada.*
190 Hume: *Ensayos filosóficos.*
191 Diderot: *Sobre los sordos, Sobre los ciegos.*
192 Adam Smith: *Ensayo sobre la historia de la astronomía.*
193 Barthez: *Teoría de lo bello.*
194 Diderot: *Ensayo sobre lo bello.*
195 Cabanis: *Relaciones entre lo físico y lo moral del hombre.*
196 Gall: *Tratado sobre las funciones del cerebro.*
197 Georges Leroy: *Cartas sobre los animales.*
198 Broussais: *Sobre la irritabilidad y la locura.* (Primera edición).
199 Augusto Comte: *Filosofía Positiva* (Condensada por Miss Martineau), *Política Positiva, Catecismo Positivo.*

(Comte)



Exploraciones Atmosféricas

POR WILLIS L. MOORE

(Viene del número anterior).

La obscuridad del espacio exterior puede comprobarse tomando un volumen de aire encerrado, libre de átomos de polvo, de los cuales se encuentran millones en cada centímetro cúbico; si se trata de iluminar este aire, se encontrará que, por poderosa que sea la luz que se le dirige, continúa absolutamente obscuro. Cuando se mira hacia lo alto al mediodía se ve todo el universo aparentemente iluminado; pero lo cierto es que solamente la delgada capa de la atmósfera terrestre dentro de la cual vivimos está iluminada. El espacio exterior carece de luz y de calor. Los rayos de sol no se convierten en luz, calor o electricidad hasta chocar con las moléculas más densas de la atmósfera que rodea la tierra y con los invisibles átomos de polvo y partículas de nubes suspensos en el aire, mediante cuya intervención se transforman estos rayos, de etéricas vibraciones en otras formas de energía: calórico, luz, electricidad, etcétera.

Muy pocas personas conocen estos sencillos problemas de los fenómenos del aire que asumen tan gran significación en la presencia del hombre en regiones superiores a aquellas donde se desliza ordinariamente su existencia.

El viento noroeste produce siempre energía física y ligereza mental, porque tiene un elemento de moción hacia abajo que atrae el aire superior, libre de impurezas y que, en virtud de electrización intensa, cambia una cantidad considerable de su oxígeno en ozono, manteniéndose en esta condición solamente poco tiempo después de alcanzar las capas inferiores potenciales próximas a la superficie de la tierra. Mayor proporción de gente muere bajo la influencia enervante del viento del sur que bajo la influencia del viento del norte, porque el viento del sur envuelve la superficie de la tierra llenándose de impurezas y carece del estimulante de la electricidad.

Cuando la inteligencia del hombre se familiarice más con el océanos al fondo del cual ha vivido por tan largo tiempo, no esperará que el viento norte le traiga los beneficios de las capas superiores: irá a buscarlas y se mantendrá en ellas todo el tiempo que desee.

El desenvolvimiento del dirigible y del aeroplano figura entre las funciones más importantes del ingeniero del futuro. El meteorologista debe establecer la climatografía de las diversas capas de atmósfera de la tierra. En lugar de que Mount Weather se vea abandonado, como ha sucedido durante la actual administración, será impulsado en mayor escala, estableciéndose instituciones análogas con idénticos fines. No se permitirá que ninguna autocrática vieja, armada de su escoba, barra hacia dentro el progreso de la ciencia en las exploraciones de la inmensidad casi ignota que rodea el globo terrestre, donde el hombre se solazará ampliamente en los futuros tiempos. Los jardines colgantes de Babilonia serán sobrepasados en altura en el siglo vigésimo y el nido del águila dejado a gran distancia por aquellos que vivan parte de su tiempo en edificios elevados cuya base descanse sobre la tierra.

Antes de que se realicen viajes frecuentes y prolongados en las capas isotermas, en la región superior a las tempestades, será preciso vencer algunas dificultades de ingeniería; pero éstas se hallan ya en vías de solución por algunos de los inventores más hábiles del mundo. En aquella región, se encuentra solamente un cuarto de atmósfera, con temperatura a cincuenta grados bajo cero; y no solamente será necesario encerrar abrigadamente y aislar a los pasajeros y pilotos, sino alimentar el carburador del motor con aire artificialmente regulado a la presión y calor proporcionado a los que empleaba el motor en capas inferiores.

¿Por qué no habrían de observarse con regularidad los eclipses y otros acontecimientos astronómicos desde grandes aeroplanos o, mejor todavía, desde gigantescas aeronaves dirigibles, cuidadosamente equipadas para la labor de observación y libres de los perturbadores efectos ópticos de las nubes, el polvo y el aire inferior de tan heterogénea temperatura? Las posibilidades de investigación y descubrimientos en el porvenir son casi ilimitadas.

(*Inter-América*, New York).

Los Esquimales

Los esquimales, cuyo número total puede calcularse en unos 30,000 individuos, constituyen la verdadera población ártica. El nombre de *esquimal*, que les dieron los indios de Norteamérica, viene a significar *comedor de pescado crudo*, pero ellos a sí mismos se llaman *innuit*, que significa *hombres*.

Durante largo tiempo han sido considerados como verdaderos salvajes, pero los exploradores científicos, en especial los de estos últimos años, han contribuído principalmente a rectificar esta opinión y a que se aprecien debidamente las cualidades de ese pueblo. Roald Amundsen, durante su expedición de 1903-1906, estuvo en las mejores relaciones con los esquimales, y estudió varias de sus tribus, especialmente la de los Netchjilli, de la que refiere muchas curiosas particularidades. Peary, que vivió largo tiempo entre los esquimales, conoció muy bien su carácter y sus costumbres, y supo valerse de ellos como de preciosos auxiliares en sus expediciones. Entre los demás exploradores que han contribuido de un modo importante al estudio de los esquimales, debe citarse a Wilhjalmur Stefánsson, quien durante sus dos largas expediciones de 1906-1912, recorrió enteramente la costa ártica americana, desde el golfo de Kotzebue al de Coronación, situado al sur de Tierra Victoria, y ha publicado varias obras sobre este pueblo, entre ellas *My life with the Eskimo* (Londres, 1913). Hay que citar también el nombre del explorador dinamarqués Rasmussen, quien durante sus numerosas exploraciones por Groenlandia, que es su país natal, ha podido hacer un profundo estudio de la lengua, tradiciones, costumbres, grado de cultura y manera de vivir de los esquimales que habitan la zona costera de la isla. En 1908 publicó *The people of a Polar North*, y en 1910 *Projet of a Danish expedition to the central Eskimo*. Las comparaciones que logró hacer entre la lengua y cultura de los esquimales del E. y los de la costa occidental, le dieron a conocer muchos hechos de notable significación, que se propone presentar de un modo completo, en una próxima publicación.

Uno de los problemas más impor-

tantes que se plantean al tratar de los esquimales, es el de conocer cuál es la comarca que puede exactamente ser considerada como su país de origen y el centro del desarrollo de su civilización. Los esquimales son principalmente un pueblo que vive en las costas, de las que ocupan una extensión de 8000 kilómetros, sin interrupción, desde el NE de la Groenlandia al W de Alaska, y hasta algunos grupos han atravesado el Estrecho de Behring y llegado al extremo NE de Asia. En toda esa extensión, no se encuentra paraje en que vivan a más de 50 kilómetros alejados de la costa.

Ha podido observarse la presencia de esquimales hasta muy cerca del N de Groenlandia. Peary describe una tribu compuesta de 234 individuos, que viven a 78° 18' de latitud. El teniente norteamericano Greely encontró señales de viviendas permanentes de este pueblo, en una latitud de 81° 44'. La comarca más meridional ocupada por los esquimales, es el Labrador, donde eran en otra época muy numerosos, pero actualmente, y debido en especial a haber sido azotada la región por una epidemia de gripe, el número ha descendido a unos 2500. Hace algunos años, los esquimales habían descendido hasta el N de Terranova, no lejos del estuario del río San Lorenzo.

Como raza, parece cierto que pertenecen al tronco amarillo-mongólico, pero no puede decirse con certeza cuál fué su hábitat primitivo. Generalmente se considera que vivieron en época muy lejana en las playas de la bahía de Hudson, de donde se corrieron hacia el N, luego hacia Groenlandía, y más tarde hacia el Asia, pero no falta quien fije en el sur de Alaska su hábitat primitivo. Peary admite para los esquimales un origen asiático, y emite la opinión de que descienden de una antigua tribu siberiana, rechazada por las invasiones tártaras. El dinamarqués H. P. Steensby, que ha dedicado varios trabajos al estudio de los esquimales, en el último de los publicados (*An anthropogeographical study of the origin of the Eskimo culture;* Copenhague, 1917), analizado en *The Geographical Review*, de febrero del pasado año, por Mr. Clark Wissler, presenta algunas interesantes consideraciones sobre las circunstancias que permiten explicar el origen y desarrollo de la civilización esquimal. Según su opinión, esta civilización tuvo su origen en el W de la bahía de Hudson, alrededor del golfo Coronación. Toda la superficie de las llamadas *Barren Grounds* o tierras estériles, comprendidas entre este golfo y la bahía de Hudson, constituían primitivamente un centro indio de caza, y llegó a ser un medio de civilización de los esquimales. Los fundadores de esta civilización se llaman *antiguos esquimales*. Más tarde, su expansión por nuevos territorios de Alaska y Groenlandia, y su contacto con otros pueblos, trajeron modificaciones a esta civilización, y se formaron los *nuevos esquimales*. Durante el siglo XIX, el número total de esquimales se ha mantenido inferior a 40000, y es dudoso que alguna vez lo haya superado. Ciertamente, una población tan restringida, no ha podido en época alguna ocupar en toda su extensión las costas árticas, y ha tenido que diseminarse en pequeños grupos.

Steensby pone de manifiesto las relaciones que existen entre los sitios de concentración de este pueblo y las zonas de distribución de los animales útiles como alimento. Los esquimales, pueblo cazador y pescador, han seguido en sus principales cambios de lugar, la influencia de estas condiciones zoológicas. Entre los animales que les ofrecen recursos de todo género, hay que citar en primer lugar el carnero almizclero, y una especie de reno, el *Rangifer caribu*.

A pesar del interés que presentan las observaciones de Steensby, no han dejado de levantar importantes objeciones. Así, la idea de que la ruta seguida por el carnero almizclero, había sido el camino que condujo a los esquimales hacia la costa del N, ha sido criticada por Rasmussen, quien hace resaltar la imposibilidad que hubiera tenido, de seguir, por razón de su naturaleza física, toda la costa septentrional de Groenlandia. Por otra parte, las investigaciones arqueológicas hechas en estos parajes, no han permitido descubrir vestigio alguno de los antepasados de los esquimales del E en la parte N de la isla, y sin embargo, los restos encontrados unen directamente a estos habitantes del E, a los esquimales polares de la costa NW, de lo que resultaría, por consiguiente, que a pesar de aparentes imposibilidades, hubiera podido producirse semejante emigración.

(Concluirá en el próximo número).

Imprenta y Librería Alsina.—San José, Costa Rica.